

TCL 72 195

ISABEL DE JESÚS, LA BEATA DE MAZARAMBROZ

Ilustrísimos señores:

Señores Académicos:

Señoras y señores:

Un año más abre sus puertas la vieja casona de los Mesas y nos acoge bajo sus altos techos este incomparable salón, testigo, en el transcurso de los siglos, del encuentro de santos, de nobles y de sabios. Un año más la Real Academia toledana inicia sus sesiones, orientadas a la difusión del arte y la cultura. Han transcurrido ya más de cincuenta años de labor efectiva desde que nuestra Academia fue fundada, en 1916, y establecida oficialmente por Real Orden de 29 de mayo de 1917, en momentos trascendentes para Europa y el mundo. Los entusiastas miembros fundadores pensaban —se dice en el preámbulo de dicha Real Orden— “ser preciso un Centro que fuera punto de reunión para el cambio de impresiones sobre cuanto constituía la vida artística, literaria e histórica de la imperial ciudad”. Desde entonces, medio siglo de labor oscura, pero fructuosa, avala y ratifica el acierto de los miembros fundadores, y nos compromete a los actuales en idéntica labor.

Firmó la Real Orden fundacional el ministro de Instrucción Pública don José Francos Rodríguez. Habiendo cesado pocos días después, la Real Academia le ofreció un almuerzo de homenaje, donde pronunció frases dignas de recordación. “Toledo —dijo Francos Rodríguez— para cualquier español es motivo de fervorosas devociones por su pasado, por su presente y por su porvenir. Toledo, aunque haya quien lo dude, es la representación de España... resumen de España entera. Si estos lazos históricos no nos ligasen a Toledo, nos ligaría a él una sagrada obligación espiritual. En Toledo, emporio del arte, busca y encuentra con largueza emociones nuestra alma. Cualquiera que haya permanecido dos horas en Toledo le será deudor de eso tan íntimo, de esos sentimientos del corazón, que

están sobre la política, sobre los apasionamientos, sobre los intereses: de todo eso que, emanando de Dios, permite a las criaturas comprender y sentir las grandezas de su Creador”.

“España no se preocupa de lo que es Toledo. Hay que tratarla como ciudad aparte, como ciudad única, de modo que no recen con ella las Ordenanzas municipales ni la alcancen, como a una ciudad cualquiera, todos los preceptos de las leyes provincial y municipal, a veces en pugna con la conservación de su peculiarísimo carácter y de sus insustituibles tesoros artísticos”.

Y sigue diciendo don José Francos Rodríguez, con visión clarividente y casi profética: “Toledo será siempre el centro de España, y avivar la atención sobre Toledo es derramar por medio del turismo beneficios cuantiosos sobre España entera. Porque hay que tener en cuenta que España tiene su mayor beneficio en la riqueza monumental y en las obras de arte. ¿Qué vamos a enseñar a los extranjeros? ¿Nuestros laboratorios? No los tenemos. ¿Universidades perfectas? Acaso lleguemos a tenerlas. ¿Hospitales modelos? Tienen bien poco de modelos. ¿Nuestras industrias? Están incipientes. ¿Arsenales? Se están empezando a construir. ¿Qué les enseñaremos entonces? Catedrales como no las hay en el mundo; maravillas del arte árabe, del plateresco, del Renacimiento... ciudades típicas... Goya, Velázquez, el Greco... lo que tenemos únicamente nosotros y no tendrán nunca los demás. Protejamos, pues, el turismo, protejamos a Toledo, conservándole tal como es, sin caer en la locura de convertirle en una de tantas ciudades modernas en que las nuevas construcciones no suelen ser ni siquiera testimonios ni albores del progreso”. Este es, exactamente expresado, el espíritu fundacional de nuestra Real Academia.

Pero no voy a hacer en esta ocasión, y bien lo siento, la historia de medio siglo de vida académica, ni la comparación de tan nobles propósitos con la prosaica realidad, empeñada en las soluciones fáciles y económicas, aun a costa de polucionar esta ciudad única y su entorno natural, como acaba de ocurrir con el nuevo puente de San Martín, desoyendo el autorizado dictamen, no de nuestra Academia, sino de una de las nacionales de Madrid. El resultado de la obra está poniendo de relieve la razón de este dictamen con evidencia que entra por los ojos, roto todo el encanto del paraje del Baño de la Cava.

Pero ya he dicho que no voy a tocar este polémico tema, vital para Toledo, que debe convencerse de que no hay otra solución que crear un barrio nuevo para el siglo XXI en la zona del polígono industrial, y dejar al viejo Toledo como lo que es: una reliquia incomparable de nuestro pasado, una ciudad típica y monumental que está "sobre la política, sobre los apasionamientos, sobre los intereses", para el emocionado sentimiento de nuestras almas.

Otros temas se me ofrecieron tentadores para desarrollar en la presente ocasión ante vosotros. Mas, por último, un tanto obligado por las circunstancias, escogí el menos arduo: daros a conocer la figura por completo olvidada de una extraordinaria mujer, una mujer de nuestro pueblo: Isabel de Jesús, la Beata de Mazarambroz, una figura no exenta de interés porque revela e ilustra con recios trazos aspectos fundamentales de la religiosidad de aquella época, exuberante y fogosa, que dió al arte un estilo florido y grandilocuente, conocido con el nombre de barroco. Así también podemos prestar, aunque modestamente, con un tema femenino, una aportación académica al Año Internacional de la Mujer.

Por la amplitud del tema y los límites de tiempo, no puedo ni siquiera bosquejar un breve resumen de la época en que vive su dilatada existencia Isabel de Jesús, enmarcada en lo político por la decadencia imperial que tocó presidir al rey Carlos II *el Hechizado*; pero gloriosa y muy firme en lo religioso, como fruto maduro de la Contrarreforma, sembrada en el Concilio Tridentino, y cultivada por aquel cortejo de santos reformadores, o fundadores de nuevas familias religiosas, o celosos pastores, entre los que debemos evocar a Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas, Juan de Avila, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Pedro de Alcántara, Tomás de Villanueva, Juan de Ribera, Toribio de Mogrovejo, Juan de Dios y José de Calasanz; los italianos Pío V, cardenal Borromeo, Camilo de Lellis, Cayetano de Tiene, Leonardi, Caracciolo, Felipe Neri; y los franceses Vicente de Paúl y Juan Eudes. Aquel primer siglo postridentino lleno de ímpetu combativo, no sólo frenó la expansión del protestantismo, sino que elevó la cultura religiosa popular a un grado jamás alcanzado, con expresiones eminentes en cuanto a la espiritualidad, nuevas formas de vida común, creación de los seminarios y organización de las misiones.

La misma razón me impide desarrollar la historia de esa ignorada institución eclesial que fueron los beaterios y las beatas. Bástenos

recordar que el sentido real del adjetivo "beato" y "beata", tal como aquí lo usamos, sustantivado, no es el originario latino de *feliz* o *bienaventurado*, ni el corriente de "persona beatificada por el Papa", ni el familiar (con ribetes de peyorativo) de "hombre dado a toda clase de devociones", sino el de "persona que se ejercita en la virtud y lleva hábito religioso, sin vivir en comunidad", bien sea sin someterse a regla determinada, bien observando la de alguna orden religiosa, por ejemplo la dominicana o la franciscana. En este último caso estaba la Beata de Mazarambroz.

Mujeres como ésta fueron estampa familiar en nuestro pueblo desde el siglo XIII al menos. Beata fue la *trotaconventos* de las vívidas páginas de los arciprestes de Hita y de Talavera, creación literaria tomada de la realidad, de larga vida en nuestro Siglo de Oro. Beata fue una hermana de Juan Luis Vives. Con Miguel de Cervantes vive en Valladolid una hermana suya, que había hecho profesión de beata.

En el Toledo de los siglos XVI y XVII abundaban las beatas: en el padrón de 1561, recientemente publicado por Linda Martz y nuestro compañero de Academia Julio Porres, se mencionan 63 beatas, de ellas 26 en la parroquia de Santo Tomás y 14 en la de San Román. Esta misma abundancia he podido constatar en la importante villa de Yepes, y sin duda fue un fenómeno general de la sociedad española.

Beata de viejo cuño he llegado a conocer alguna, recientemente fallecida (cuyo nombre estará en la mente de muchos de ustedes): respetabilísima como persona religiosa y llena de méritos por la noble intención de sus obras sociales, vino a ser por sus excentricidades, debidas a un psiquismo no plenamente normal, una pesada cruz para confesores y curiales, y aun para su santo prelado el cardenal Pla y Deniel.

Entre las beatas las hubo santas y virtuosas y las hubo también pecadoras y falsas, de vida hipócrita y conducta interesada, con las cuales acabó, más que el rigor de los inquisidores, el desprecio social de los españoles de la Ilustración, reformadores y críticos, sostenidos por los mismos prelados, y alimentados en su repulsa por pensadores tan sanos como el incomparable padre Feijoo.

Todo este trasfondo en que se mezclan beatas virtuosas y beatas embaucadoras queda bien revelado con unas palabras exactas del tratadista franciscano padre Arbiol, en 1706, desengañando a las

“almas que quieren componer la vida espiritual con una culpable ociosidad, sin trabajar de sus manos, vagueando por casas ajenas”. Escribe Arbiol: “Nos enseña la experiencia que muchas personas espirituales han hecho cuesto y oficio de la virtud para vivir sin trabajar; porque no teniendo bienes temporales, ni rentas, ni heredades propias, en echándose a parecer santas, nada les falta, todo les sobra, menos la virtud; y así viven sin trabajar, con poca edificación de las personas de sano y entero juicio, a cuenta de la nimia piedad o simplicidad de otras, que piensan salvarse con obras y oraciones ajenas, y con vana curiosidad intentan saber cuanto pasa en el otro mundo, estándose metidas en el corazón de éste, fiándose en las revelaciones o sueños de las beatas, a quien de muy buena voluntad socorren y sustentan. En este desorden hay un agregado formidable y horroroso de muchos males —sentencia Arbiol—; unos, que están de parte de las beatas, y otros de parte de quien con sus simplicidades y curiosidades las ayudan a perderse”.

Pero entremos ya, sin más preámbulos, en la materia.

Corre el año de gracia de 1723. Es un día de los primeros del largo y agradable otoño toledano, el 26 de septiembre, en medio de un veranillo bastante caluroso. El lugar de Mazarambroz, no lejos de Toledo, vive un día de fiesta extraordinario. Ya la víspera han venido de Toledo muchos hijos de aquel pueblo, muchos herederos en él, familiares y amigos de sus vecinos. El día 26, desde las primeras horas de la mañana comenzaron a llegar verdaderas caravanas de los pueblos circunvecinos. Se encontraba allí también, casi completa, la comunidad franciscana del santo convento del Castañar, no muy lejano de aquel pueblo, y un gran número de terciarios franciscanos, con sus estandartes y sus hábitos. Una verdadera muchedumbre inundaba el amplio templo parroquial y desbordaba por la ancha plaza del pueblo, horas antes de comenzar la función religiosa. Era esta excepcional: unas solemnísimas honras fúnebres, dedicadas, más que a pedir por el alma de una anciana difunta, a festejar la gloria de que todos estaban seguros ya gozaba. Su nombre: la hermana Isabel de Jesús, terciaria de la orden franciscana.

No sé si habrá mucha o poca exageración en lo que cuenta un testigo ocular de aquellos actos, el franciscano fray Juan Andrés de Moraleda: *“Hízose prudente cómputo de haber concurrido más de ocho mil personas. De la Imperial Ciudad de Toledo solo, asistirían más de dos mil, y entre ellos, muchos señores prebendados, canóni-*

gos y dignidades de su Santa Iglesia, y algunos seculares de la mayor nobleza y cuerpo de la Ciudad, que, movidos unos de devoción, y otros de celestial impulso, sin ningún género de solícitud humana, fueron a desahogar su devoto fervor con darla la permitida honra en sus memorias". El concurso de gente "este día fue tan innumerab!e que, no pudiendo de seis partes la una sola caber en la Iglesia, explicaban su afecto en sentimientos de no poder oír el sermón".

Quien esto escribe fue precisamente el predicador aquel día, y la verdad es que echó el resto, como vulgarmente se dice, pues el sermón, que el concurso escuchó paciente y admirado, "sin la menor alteración del gentío", duró muy cerca de dos horas. Fue en realidad aquella oración sagrada una cumplida biografía de la hermana Isabel de Jesús, llamada vulgarmente la *Beata de Mazarambroz*, una pieza de altos vuelos oratorios, en la que ensalzó "las grandezas de Dios manifestadas en su sierva". Este sermón sirvió sin duda de germen o núcleo para un copioso libro de más de 500 páginas, que vio la luz en Madrid en los últimos meses del siguiente año, 1724, en la imprenta de Bernardo de Peralta, que vivía, según reza la portada, "enfrente del Horno de la Mata".

La obra es un buen specimen de biografía barroca. El autor le dió puso varios títulos, como el clásico de *Historia de la vida de la venerable Hermana Isabel de Jesús, hija de la Venerable Orden Tercera de Nuestro Seráfico Padre San Francisco*, pero el que lleva en la portada es éste, concesión al gusto de la época: "*Theórica de las virtudes verdaderas, que puso en práctica la venerable hermana Isabel de Jesús, hija profesa de la venerable orden Tercera de penitencia de nuestro Seráfico Padre San Francisco, vezina y natural de el lugar de Mazarambroz*". Por no extenderme en puntos secundarios, no diré nada de su dedicatoria, dos licencias, tres aprobaciones y un prólogo al lector, con un interesante apéndice al prólogo, que tituló *Breve resumen y compendio de las vidas de los confesores que tuvo la Hermana Isabel de Jesús*. Luego viene el *Índice de los capítulos de esta Historia*, por el cual vemos que se compone de 48 capítulos, distribuidos en cuatro libros.

La materia de esta obra —escribe su autor en el prólogo— *es una vida prodigiosa, que se puede dudar con fundamento si mientras vivió esta Venerable en el mundo estuvo muerta para vivir, o si viviendo estuvo desterrada de la vida, como en otra ocasión semejante decía san Pedro Damiano. Tales fueron las mortificaciones y*

penitencias con que trató su vida, que parecía tener muerto el cuerpo para sentir, al paso que tenía más viva el alma para obrar. Espejo de virtudes es, en que mirarse pueden todos los mortales, así virtuosos como pecadores: aquellos, para alentar su esperanza viendo los favores que comunicó Dios a esta su Sierva; y éstos, para animar su cobardía, siendo una flaca mujer padrón de afrentas a los hombres, que debe convencerlos al virtuoso obrar, como dice el señor san Agustín".

Unas líneas después nos explica su norma de conducta y sus propósitos al confeccionar su obra: *No me esmero mucho en el aseo de voces ni en la pulidez del estilo, porque no escribo para los cultos y discretos que buscan el recreo y gusto, sino para los devotos, que únicamente atienden a su edificación y provecho; ni menos solicito algún aplauso propio, sino la utilidad ajena. Por lo cual referiré las virtudes de esta Sierva de Dios más con sencillez y lisura de palabras que con afectación y novedad de voces, que suele, si no minorar las verdades, impedir mucho a las devociones, como dijo Séneca".* Y eso debemos agradecerse al autor, que, al cabo hijo de su tiempo, si alguna vez se extravía con rebuscados conceptismos, sabe casi siempre esquivar los escollos de tantas otras narraciones penegíricas con hipérbolos desaforadas, ridiculizadas después por algunos hijos de aquel siglo, como el P. Isla en su famoso y regocijante *Fray Gerundio de Campazas*. Excesos relativos que podemos perdonarle por la fluidez de sus períodos y el acierto feliz en algunas de sus frases.

Pero entremos ya, sin más preámbulos, en el difícil intento de exponer, en los límites del tiempo que disponemos, cómo fue en vida aquella extraordinaria mujer. Había nacido en el mismo lugar de Mazarambroz ochenta y cinco años antes, el 28 de diciembre de 1637, en pleno reinado de Felipe IV. Fue la benjamina de un modesto matrimonio de labradores formado por José Sánchez de Palencia y Catalina de Sanabria, y recibió en el bautismo el nombre de la célebre fundadora de la Orden Tercera franciscana, santa Isabel de Hungría.

De niña fue Isabel una criatura normal y sencilla. A los siete u ocho años la dedicaron sus padres, cuya economía era muy modesta, a guardar y pastorear pavos, lo que inclina a su biógrafo a comentar, nada menos: "*siendo emulación misteriosa de aquella zagaleja de los Cantares*". A los nueve ya cumplidos deciden sus padres ponerla a servir, y la confían a un ejemplar sacerdote toledano, que tenía casa y bienes en Mazarambroz, para que sirva como doncella de su ama

de llaves. Este sacerdote era el licenciado don Martín de Zayas "presbítero muy recogido y piadoso, empleado en todo género de conmiseración con los pobres. Era su casa más de oración y sosiego que del bullicio y tráfago de este munao" —escribe fray Juan Andrés de Moraleda—. En efecto, este sacerdote parece no ser otro que el licenciado don Martín Ramírez de Zayas, sobrino nieto de Martín Ramírez, el opulento mercader fundador de la capilla de San José de Toledo; fue profesor de Teología en la Universidad toledana y escritor, algunas de cuyas obras manuscritas se conservan, por fortuna.

Aquí hizo la pequeña Isabel Sánchez Palencia la primera comunión en el convento de Santa Catalina, por mandato de su confesor, "un religioso de ejemplar virtud y vida, que se llamaba el padre Parra".

Antes de transcurrir los dos años, Isabel vuelve a su aldea. Hubo de ser a finales del año 1649 o principios del 1650. Este va a ser un año importante en la vida de la futura beata, el inicio de su largo camino hacia las cumbres de la mística. Isabelita, niña de doce años, conoce por vez primera, quizá en tiempo de cuaresma, el santo convento del Castañar.

Sabemos ciertamente el papel importantísimo que ascetas y místicos conceden a la dirección espiritual, una de las piezas claves en la espiritualidad ignaciana, de tanto influjo por aquellos años. Así no nos puede extrañar lo que escribe el P. fray Juan de Moraleda a modo de introducción:

Máxima sentada es en todos los místicos, que en la espiritual carrera, sin el norte de la obediencia y sujeción al Padre espiritual será seguro y cierto el naufragio y casi imposible el acierto: porque siempre se despera la victoria sin capitán y caudillo que aliente, nunca se llega con felicidad al puerto si no hay director que, conociendo los peligros, con destreza encamine. Y este puerto y victoria es lo que busca ya la pequeña Isabel. Los padres franciscanos del Castañar tenían como exclusiva ocupación de su vida, la oración, el estudio y el confesionario.

Probablemente acompañada de sus padres, va Isabel al Castañar, distante una breve jornada de camino. Dice su biógrafo: *Apenas se vió Isabel en este sitio, cuando dando infinitas gracias al Cielo por verse ya en la ocasión, que tanto había deseado, de confesarse con un religioso virtuoso, lo logró tan a la satisfacción de sus ansias*

como lo dirá el suceso. Encontró con el venerable padre fray Pedro Gómez, que, además de ser especial siervo de Dios (como ya queda referido en el prólogo), era muy práctico y experimentado en instruir a las almas en el modo de tener oración mental.

Los doce años que tuvo la dirección de su conciencia el P. Gómez fueron decisivos y el cimiento de su futura vida mística, sobre todo por el firme hábito de oración que el buen franciscano supo infundirla. También influiría en el extraordinario amor a la pureza que tuvo la joven Isabel, y debió inclinarla a la renuncia del estado de matrimonio. Con estos antecedentes no puede extrañar el género de vida que abrazó la futura beata: todos los días iba a la iglesia apenas ésta se abría, allí dedicaba un largo rato a la oración, hasta la hora de misa, que oía devotamente. *El tiempo que no gastaba en la iglesia o en la oración y recogimiento que, con la permisión de sus padres, tenía en su casa —dice Moraleda— le empleaba en coser e hilar al torno... Era continua su ocupación y trabajo, así para ganar su sustento, como para evitar el vicio de la ociosidad.* Y más abajo añade el biógrafo: *Negóse a todo género de soltura y divertimento mundano, hurtando con singular destreza lo que tanto apetece la juventud lozana. Todos sus propósitos y anhelos eran a las virtudes de humildad y desprecio de sí misma, de paciencia y mortificación en todas sus adversidades, de silencio, de trabajos y, con particularidad, del santo temor de Dios, con el cual tenía crucificados todos sus apetitos.*

En esta vida perseveró Isabel hasta los 32 años de su edad, es decir, hasta el año 1669, otra fecha crítica en su vida. Por entonces puso su conciencia bajo el gobierno o dirección de fray Melchor Román, también franciscano del Castañar. Había entrado éste, ya sacerdote, en la orden a los cuarenta años, y en breve espacio, ya en el noviciado, dió muestras de sus grandes dotes de consejo y su experiencia o conocimiento de la vida mística, en progreso hasta su muerte, acaecida a los 59 años, seguramente en 1684. Este buen padre fray Melchor Román, natural de Menasalbas, atendió con gran interés a Isabel, que había caído en un estado de escrúpulos y dudas, consolándola en lo que era, según la terminología de san Juan de la Cruz, su *noche pasiva del sentido*, etapa de la vida mística que consiste en pruebas que Dios envía, como enfermedades, persecuciones, escrúpulos, y a la vez permisiones de Dios para que el alma que se purifica experimente tentaciones vehementes, e incluso impresionantes visio-

nes imaginativas, obra del demonio, según los teólogos, a imagen de las tentaciones que Cristo padeció en el desierto.

Después de unos días de retiro en El Castañar, donde dió cuenta de toda su vida al P. Román, e instruida por éste, comenzó a su regreso una terrible etapa de desolación, que duró dos meses y medio, aunque fortalecida por la primera presunta visión celestial, en que se le representó su vocación particular de entrega especial a Dios, con asperísimos ayunos, sueño muy escaso, varias horas de oración en su casa y en la iglesia, y cilicios y disciplinas cada día.

Tal cambio radical en su género de vida fue incomprendido por sus paisanos, que públicamente la motejaban de bruja y loca, cubriéndola de oprobios. El resultado de aquellos meses de honda crisis espiritual fue tomar públicamente el hábito de beata de la Tercera Orden de Penitencia de San Francisco de Asís, haciendo en manos de su confesor los tres votos religiosos de pobreza, obediencia y castidad. Lo extraordinario del camino de la beata de Mazarambroz en esta época fue la aparición que declaró haber tenido de *"nuestro S. P. san Francisco —lo diremos con palabras de fray Juan Andrés de Moraleda— acompañado de su humilde hijo san Diego de Alcalá, y habiéndolos adorado con humilde espíritu, oyó Isabel estas voces que con mucha apacibilidad y agrado le dijo el Santo Patriarca": "Hija Isabel, ha sido muy del agrado de Dios que hayas vestido el hábito de mi tercera orden y que hayas hecho voto de pobreza; y así ten gran fe en la providencia divina, que no te faltará lo necesario, sin que pidas a nadie cosa alguna"*. Tendría la nueva terciaria algo más de 33 años.

Sin duda ya en este tiempo huérfana de padres, pudo independizarse de sus dos hermanas, ya casadas, quedando en la casa de sus padres. Allí vivía sola, atendida de día por alguna sobrinilla y tal vez acompañada también de noche. Lleva en su casa una verdadera vida eremítica, sin salir a otro lugar, apenas, que a la iglesia parroquial. Observa exactísimamente los tres votos religiosos, y dedica su vida a la oración, el trabajo manual y el ejercicio de todas las virtudes teologales y morales, que en pocos años logrará en grado eminente.

El resultado es que en la mitad de su vida, hacia los 40 años de su edad, ha alcanzado esta mujer la plenitud mística de la vida cristiana, y una admirable serenidad de espíritu.

Dejaré para otro lugar exponer este cortejo de virtudes de su vida interior, tal como lo describe su biógrafo, informado por su

último director espiritual, para daros a conocer alguna de las facetas más humanas y atrayentes (o simplemente curiosas) de esta mujer y de su proyección social, una vez estabilizada su vida de rigurosa penitente.

En primer lugar ¿cómo ocupaba sus días la beata de Mazarambroz?

Lo diremos con palabras de su primer biógrafo: *Observó desde entonces puntualísima y diariamente, con licencia y orden de su confesor, todos los estilos, ceremonias y constituciones... de la comunidad del santo Castañar, así en ayunos, disciplinas, oración mental y horas de coro, de día y de noche, como también en las demás virtudes, en el silencio, desprecio del mundo y abstracción de criaturas; y con tanta vigilancia y cuidado, que causaba admiración y asombro ver que una mujer hasta setenta años de su edad no cesase en su observancia, si no que se hallaba gravísimamente enferma. Levantábase siempre a media noche, y las dos horas y media que regularmente ocupan los religiosos recoletos en el rezo de los maitines y en la oración mental, las empleaba ella en el interior recogimiento de su espíritu, donde la regaba Dios con singularísimas mercedes. A las dos y media de la noche y las más veces a las tres, volvía al recogimiento de su cama hasta las primeras luces de la aurora.*

Luego que amanecía, volvía a levantarse presurosa, y dando gracias al Altísimo, iba muy temprano a la iglesia, de suerte que antes de salir el sol estaba ya esperando a sus puertas. Con tal tesón observó este madrugar todo el tiempo que pudo, que sería hasta sus ochenta años, poco más o menos, que no reparaba en temporal alguno, por malo que fuese. Siempre, de invierno y de verano, aunque nevase, lloviese, helase o hiciese otro mal temperamento, estaba al tiempo referido a las puertas de la iglesia, esperando. Sucedió repetidas veces, como ella misma dijo a sus confesores, que llegando el sacristán a abrir las puertas de la iglesia, la encontraba con gran cantidad de nieve en sus hombros y cabeza. Inmediatamente que entraba en el templo, rezaba una estación mayor al Santísimo Sacramento, y tenía una hora de oración mental en correspondencia de la que los religiosos tienen a la hora de prima. Hacía luego un recto y riguroso examen de su conciencia, con que se disponía y preparaba para recibir los santos Sacramentos, hasta que venía el señor cura u otro confesor alguno que la confesase. Oía con entrañable devoción su Misa y en recibiendo la Sagrada Eucaristía se recogía en su interior

como media hora, dando a Dios por tan singulares beneficios las debidas gracias, y acabadas éstas, se volvía al retiro de su casa, de donde no volvía a salir sin necesidad urgentísima hasta otro día...

En su casa gastaba como dos o tres horas por la mañana en el trabajo de hilar al torno, o en la labor de sus manos, en que era muy diestra, y de que ganaba su corto sustento, y en este ejercicio se empleaba hasta las diez del día, que volvía a su oración correspondiente a las horas de tercia, sexta y nona del Santo Castañar. Tomaba entre once y doce alguna refección corporal, y se volvía a su trabajo hasta la hora de vísperas, en que rezaba con mucha devoción la corona de María Santísima, y prosiguiendo el resto de la tarde en su labor de manos, evitaba toda ociosidad.

No hacía sino una sola comida al día. Se disciplinaba diariamente. Su obediencia a los consejos de su director espiritual era completa. No tomaba toda la limosna que sus devotos le ofrecían, según era costumbre de las beatas, sino lo preciso y necesario para su manutención, si lo que ganaba con su trabajo no le alcanzaba. *Su vestimenta era siempre vil, roto y remendado; su calzado, unas pobres alpargatas de cáñamo; desde que tomó el hábito nunca se volvió a poner camisa, ni gastaba lienzo, sino una túnica interior de paño burdo, como acostumbra los religiosos franciscos; su comida siempre fue muy escasa, pobre y muchas veces ninguna.*

Cierto que recibía visitas, que aprovechaba para edificar espiritualmente a sus oyentes. Dice a este respecto el P. Moraleda:

Sus palabras eran ardientes rayos que penetraban los corazones de muchos que la oían. Y curiosamente, el impulso de sus afectos redundaba en una gran agilidad corporal. También el fulgor de sus ojos era extraordinario, y se supuso de origen sobrenatural. Ella, sin embargo, expresaba sus sentimientos y deseos con toda sencillez. En cierta ocasión dijo a su confesor: Tanto es el fuego de amor a Dios que siento en mi alma, que si no me tuvieran por loca, saliera por las calles dando voces para que amasen todos a Dios.

De este amoroso incendio nacía —cuenta el padre Moraleda— el que en sus últimos años, cuando ya estaba transformada en un retrato vivo de san Pedro de Alcántara, siempre que veía alguna persona religiosa o virtuosa, de cualquier sexo que fuese, se inclinaba mucho a abrazarla, para que aquel fuego, que tenía en su corazón intensado, se comunicase a todos con especial contagio.

Aborrecía mucho el vicio de la hipocresía. *Era humilde, pero no con humildad doble, sino sencilla, simple y cándida. No era su virtud de aquellas virtudes hurafias y ceñudas, que espantan y atemorizan. Gustaba algunas veces, en las conversaciones con religiosos y personas de virtud, de algún gracejo y diversión (como fuesen cosas indiferentes) en que solía reirse con recato y modestia, sin embeleco alguno, ni afectación de espíritu.*

Hablando de esta simplicidad y sencillez, dice el biógrafo de la beata: *Tan esmerada fue en esta virtud la Hermana Isabel de Jesús, que cuantos la conocieron y trataron hicieron prudente juicio sobresalía tanto en ella, que más parecía propiedad natural su candidez que virtud adquirida. Confieso ingenuamente que en sola una ocasión en que logré la dicha de ver y tratar con esta Sierva de Dios, formé dictamen de que participaba algunos gajes del feliz estado de la inocencia. Era su trato y conversación sin afectación alguna, tan sencilla, tan cándida, tan simple y pura, que estaba muy lejos de aquellas astutas máquinas de ficciones que llama sainetes nuestro siglo. La intención que tenía en todo, tan sana, que no permitía en sí aquellos dobleces en que se pierde la verdad y suele solaparse el dolo y el engaño. Tal vez tenían sus palabras una sazón tan gustosa y como si dijéramos a lo antiguo, que a los inteligentes daban mucho que admirar y no poco que reir, porque eran sus términos tan naturalmente graciosos que entretenían como donaires. Nunca pudo estilar aquellas voces críticas con que expresa la discreción política la autoridad y dignidad de algunos sujetos de distinción; y así, aunque hablase con los señores Inquisidores, Obispos y otras personas de especial título y nombre, no se valía de los términos de señoría, Excelencia, Reverendísima, etc., como se infiere de este caso:*

Con la noticia y fama de sus virtudes y santidad, que se divulgó en toda esta comarca, de la Hermana Isabel, se encendió en deseos de verla y conocerla el Ilustrísimo señor don Francisco Valero, benemérito y dignísimo Arzobispo de Toledo, y tan celoso del bien de las almas como testifica su Carta Pastoral impresa. Con la ocasión, pues, de andar visitando sus iglesias y predicar misiones en su Arzobispado, llegó al lugar de Mazarambroz y sin atender a las etiquetas de su dignidad, con que podía llamar a su presencia a dicha Hermana, determinó su Señoría Ilustrísima el ir a su casa a visitarla en persona y estar con ella a solas, para lograr despacio el cumplimiento de sus antecedentes deseos. Entró en el cuarto de la Hermana

Isabel, y ésta, con sencillez y santa llaneza, lo primero que a Su Ilustrísima dijo fueron estas formales palabras: "Señor, yo no entiendo de señorías ni soy para estas cosas: usted se siente, y écheme su santa bendición".

Admiróse el señor Arzobispo de la simplicidad de la Sierva de Dios, y alabando a Su Magestad por ella, condescendió con sentarse el venerable prelado en una pobre silla que tenía en su cuarto. Estuvo mucho tiempo en conversación espiritual con ella, y advirtiendo su candidez columbina y lo sólido de su virtud, se despidió de la Hermana Isabel con mucho consuelo suyo, encargándola muy mucho que rogase a Dios por el buen acierto en el gobierno de su arzobispado.

Sin embargo, como es lógico, no era indiferente al general temor hacia la Santa Inquisición, ni ésta dejó de vigilarla, como se desprende de una anécdota que cuenta el mismo P. Moraleda. En resumen, ocurrió que algunas mujeres desaprensivas de Mazarambroz, acaso en algún año de escasez, fingiendo ser sobrinas de la beata, fueron a Toledo a pedir en algunas casas de herederos de Mazarambroz o devotos de la Hermana Isabel, y aseguraban que ésta se encontraba en extrema necesidad. Quienes sabían que tenía por costumbre no pedir, entraron en sospechas de aquellas mujeres: pero otras personas más crédulas formaron malos juicios sobre la virtud de la beata. Dice literalmente Moraleda:

Con esta sospecha (que, para avivarla más entraría el demonio también su cucharada), no faltó quien diese cuenta de todo, aunque extrajudicialmente, a unos señores inquisidores de Toledo; y como este rumor se juntaba con otras voces y mentiras que con pretexto de revelaciones y visiones corrían en toda la comarca, no dejaban de hacer alguna impresión aun en sus más afectos y devotos. Tenía este señor Inquisidor determinado un viaje a Mazarambroz en compañía de un heredero de Toledo a fin de divertirse en este pueblo algunos días, y con la noticia que en la ciudad le habían dado quiso con cautela y curiosidad tantear y ver qué género de vida y qué virtud era la que la Sierva de Dios tenía. A este fin entró en la casa de la Hermana Isabel, y como a la sierva de Dios ni la grandeza de los personajes la alteraba, ni la autoridad la engeña, con mucha paz y sosiego, sin turbación alguna, le recibió en su casa sin aquellas demostraciones de política y cumplimiento que tienen bien aprendidas muchos místicos de la moda. Comenzó el Inquisidor a tratarla

con alguna aspereza y severidad, y entre diversas cosas que la dijo la preguntó si era verdad que se pasaba y alimentaba sólo con hojas de lechuga; porque, siendo así, sería como otra santa Teresa de Jesús; y que así corría la voz en Toledo. Sufrió Isabel con humildad y paciencia cuanto la había dicho; y a la pregunta respondió con mucha paz, ni era como santa Teresa ni se alimentaba sólo con las hojas de lechuga, sino con lo que el Señor la enviaba, y que a nadie pedía cosa alguna. ¿Pues cómo se compone eso —replicó el Inquisidor— con andar pidiendo en Toledo sus sobrinas de casa en casa, y publicando ser suma su necesidad y pobreza? Señor —respondió la Hermana— ninguna de mis sobrinas ha pedido en mi nombre cosa alguna, y será sin duda algún falso testimonio que me levantan. Del modo humilde de responder de la Sierva de Dios renoció el Inquisidor la simplicidad de su vida, el buen espíritu, humildad y virtud de la Hermana Isabel, y advirtiendo la falsedad de las voces que corrían, la animó y consoló mucho, calificando por virtuoso y santo su modo de proceder.

Y apostilla el mismo padre fray Juan Andrés de Moraleda: De este caso se valió el demonio para turbar muy de lleno la imaginación y fantasía de la Hermana Isabel; porque como los golpes con la Santa Inquisición con dificultad se sueldan y siempre queda cicatriz (que no se persuade con facilidad al vulgo a que no hubo herida), tuvo mucho que ofrecer a Dios esta sierva suya en varias persecuciones que a este fin el enemigo la representaba. Lo cierto es que Isabel de Jesús se veía ya en las cárceles secretas del Santo Tribunal. Juntábase a ésto —concluye el mismo padre Moraleda— que en aquel tiempo mismo castigó severamente el Santo Tribunal a otra mujer que se llamaba Isabel, y se extendió tanto la voz de que era la Beata de Mazarambroz la castigada y penitenciada, que se le duplicaron los temores y sobresaltos. De esta suerte se hallaba tan aflijida que cuantos llamaban a sus puertas la parecía que venían por orden de la Inquisición por ella; el cual penoso ejercicio la duró algún tiempo, hasta que el Señor volvió por su sierva y, serenando esta tormenta del todo, quedó Isabel con mayores créditos y estimación de virtuosa.

Que la Hermana Isabel de Jesús estaba dotada de gran inteligencia natural pudiera probarse por algunos sucesos que narra su biógrafo en el capítulo que titula *Admirable luz que le comunicó el Altísimo en el conocimiento de las cosas ocultas y secretos del corazón*

humano; de los cuales tal vez algunos, al menos, no sea preciso explicarlos como de origen sobrenatural.

Además, al fin mujer de su tiempo, entendía sin duda, la Hermana Isabel de Jesús, que no había inconveniente en la práctica, muy usada por las beatas y ensalmadoras al menos en los siglos XV al XVII, de cierta forma de caridad, a saber: procurar la salud corporal junto con la espiritual. De este modo, además, se sustentaban frecuentemente. La Beata de Mazarambroz no fue lo que hoy entendemos por una curandera, pero sí ejerció en algunos casos, al parecer no muy frecuentes, cierta forma accidental de curanderismo, que su biógrafo el P. Moraleda califica de *gracia y don de curaciones*.

Cuenta este biógrafo algunos casos: *Tenía la Sierva de Dios una sobrina llamada Francisca de la Paz, la cual siendo de edad de un año poco más o menos, y estando sola en su casa jugueteando con aquellas comunes travesuras e inquietudes propias de la niñez, cayó en una caldera grande llena de lejía muy fuerte. Después de largo tiempo (según se advirtió por el efecto) que sucedió esta desgracia, entró en la casa otra hermana suya mayor, llamada Feliciano de la Paz, y advirtiendo a su hermana nadando en lo caldera cubierta la cabeza toda de lejía y sin respiración ya alguna, comenzó a dar voces, a cuyos ecos acudió su madre y diferentes personas de la vecindad. Sacaron de la caldera a la niña, y la hallaron sin indicios de vida, que todos formaron juicio de estar totalmente ahogada. Pasaba a esta sazón por la calle la Hermana Isabel de Jesús, su tía, que se restituía a su casa de la iglesia, y oyendo el alboroto y voces de la casa de su hermana, entró en ella, y refiriéndola la desgracia de su sobrina, mandó a la madre buscarse vino generoso, con que mojado una sábana, envolvió en ella a la niña, al parecer de todos difunta, y formando la señal de la Cruz, fue volviendo en sí poco a poco, y hoy día vive, en la inteligencia piadosa de que por las oraciones de su tía debe especialmente al Cielo su conservación y vida.*

Dicha Feliciano de la Paz testifica también que, teniendo un niño de pecho dentro de un brete o castillejo, a fin de que no la embarazase su trabajo, estando ella algo desviada y divertida del niño y éste junto a la lumbrera del fuego, se trastornó el castillo y, cayendo el niño de rostro en la lumbrera, por presto que quiso acudir la madre, se le quemó la cara y una mano. Lastimada Feliciano de la desdicha de su hijo, le llevó a la presencia de su tía la Hermana Isabel de Jesús, y cogiendo la Sierva de Dios una hierba que vulgarmente

llaman corregüela, la machacó y se la puso con mucha fe en el rostro y mano del niño, y siendo así que con la actividad del fuego estaba todo negro y morado, al día siguiente estaba ya la mano y rostro perfectamente sano y de color hermoso, atribuyendo a los méritos de su tía esta admirable cura y beneficio del Cielo.

También decíase que a una hija de Isabel de la Paz, otra sobrina, la salvó de perecer entre las ruedas de una galera. *Con esta misma criatura, que debía de ser naturalmente muy inquieta —escribe el mismo Moraleda— sucedió en otras dos ocasiones que, travesando con una navaja grande, se hirió notablemente en una pierna y en la cabeza; y como en su tía experimentaban sus sobrinos todos asilo y refugio para todo, acudió su madre a la Hermana Isabel, la cual con un emplasto que hacía de la yerba corregüela y manteca sin sal, la curó ambas veces con brevedad tanta, que no parecía poder ser efecto de la cirugía natural.*

Lo cierto es que la Beata de Mazarambroz confeccionaba además un aceite, que luego aplicaban a algunos enfermos. Lo narra así el padre Moraleda: *Con la diversidad de flores y yerbas que producía el patio de la casa de la Hermana Isabel, hacia la Sierva de Dios un género de aceite al parecer tan sanalotodo, que a muchas y diversas enfermedades aplicado causaba efectos prodigiosos. Cierta persona natural de Toledo y muy afecta a nuestra venerable, depone y testifica con juramento que habiendo caído con notable violencia de una calesa, cuyas mulas entre multitud de riscos y peñas se dispararon, fue tan horroroso el golpe, que casi se le descoyuntaron todos los huesos del cuerpo, y especialmente los de la garganta y cuello, causándole tan vehementes dolores, que en su juicio eran bastantes para quitarle la vida. No ejecutó otro remedio ni medicina que untarse muy bien con un poco de aceite que pidió a Isabel de Jesús, e inmediatamente quedó buena y sana de sus dolores. Con esta experiencia que en sí misma había visto tan maravillosa, dice que del aceite que le quedó se fue aplicando a más de sesenta personas vecinas de Toledo, así hombres como mujeres, en diversos dolores, tumores y enfermedades, y todos sanaron con prontitud y felicidad. Entre estos fueron singularizados una mujer que, estando de parto muy peligrosa, luego que la unguieron con el aceite salió del peligro con brevedad; y el Lic. D. Joseph de la Plaza, Comisario del Santo Oficio, que casi dos años estaba en una cama tullido tan imposibilitado en todos los movimientos naturales que comía y bebía por mano*

ajena, sin hallar remedio alguno en toda la medicina, inmediatamente que usó del aceite referido, experimentó tanta mejoría, que a breves días estuvo bueno y sano. Omíto otros muchos casos de esta calidad, por no ser molesto.

Sin duda, sobre la interpretación de estos presuntos hechos milagrosos, hemos de ser cautos. Algo de medicina natural y empírica sí parece que debía de saber, según estos casos y el siguiente, el último que referiré, también con palabras de Moraleda:

A esta mujer la sucedió que, hallándose en la cama gravísimamente enferma, sin acertar los médicos la especie de su dolencia, hizo un propio a la Hermana Isabel pidiéndola sus oraciones y un poco de los aceites que componía, para su curación y consuelo. Envió la Sierva de Dios el aceite, diciendo a la enferma que con él no sanaría, y que supiese que su mal necesitaba de unciones más fuertes para su remedio, y así que se fuese al Hospital de Santiago a tomarlas, y sanaría. Con la fe que esta mujer tenía en las palabras de la Hermana Isabel se fue al Hospital referido, aunque contra el dictamen de los médicos, que aseguraban no necesitar su enfermedad de unciones, y a breves días logró con ellas la sanidad perfecta.

Estoy abusando de vuestra paciencia. Más, si me concedéis aún unos minutos, no quisiera omitir, como última parte de este discurso las curiosas y reveladoras noticias que nos da su biógrafo acerca de su última enfermedad y de las solemnidades de su entierro. Una vez más recurriré a la fácil pluma del Padre Moraleda, cuyas interpretaciones no siempre comparto:

Su última enfermedad no fue de causas naturales, en sentir y juicio de los médicos que la visitaron, pues en tres semanas que estuvo en la cama, nunca la conocieron ni hallaron formal calentura; sí sólo algunas veces tal fogosidad y ardor, que les causaba asombro. En medio de que los quince primeros días no tomó otro alimento que substancias líquidas, y los últimos ocho días solo agua clara; y habiendo padecido un despeño tal, que la debilitó de tal suerte, que se podían contar todos los huesos y nervios de su cuerpo, siempre la encontraban con pulsos tan fuertes e iguales que se admiraban mucho, sin acertar la especie de enfermedad semejante. Tanto llegó a enflaquecerse, que todos los que la miraban prorrumpan en decir: parece un retrato vivo de san Pedro de Alcántara, y convinieron todos en que todo lo que la Sierva de Dios padecía era preternatural. Por eso no ejecutaron con ella medicina alguna, porque, además de

no tener facultad ya su naturaleza para actuar medicamentos, no quisieron exponerse al error, en que indispensablemente incurrirían por la ignorancia de la enfermedad. Fuera de que sabían ya también por experiencia que en tanta multitud de enfermedades como antes había padecido, como nunca permitió ni quiso que Médico ni cirujano alguno la pulsase, en esta consideración no se atrevían a disgustarla. Y aunque algunos de los circunstantes por diversos medios solicitaban su alivio, respondió la Hermana: Ea, no se cansen, que ya ha llegado la hora de mi Querido, y yo me muero sin remedio alguno.

Luego que se extendió la voz del peligro en que se hallaba la Hermana Isabel de Jesús, fue grande el sentimiento de muchos, así paisanos suyos, deudos y parientes, como también de todos los lugares circunvecinos de la comarca. Conmoviéronse algunos para ir a visitarla, porque como la tenían por asilo común de toda aquella tierra, quisieron lograr su última vista para consuelo suyo. De los primeros fue su confesor y padre espiritual, que asistiéndola desde el principio de la enfermedad con puntualidad grande, no la dejó ni un instante sola, conociendo el especial consuelo que ocasionaría a la enferma su presencia. Comunicó con él todo lo que en su interior pasaba, dándole muy particular cuenta hasta del más mínimo pensamiento, para que se verificase que la que tanto aprecio hizo siempre de la virtud de la obediencia en vida, a ejemplar del Redentor persistió firme y constantemente obediente hasta la muerte. Conociendo la sierva de Dios que su enfermedad se iba por instantes agravando, pidió con humildad profunda la diesen los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Sagrada Eucaristía por modo de Viático. Condescendieron con su petición en la administración de los Santos Sacramentos, que con ansias solicitaba. Confesóse con tan extraordinario dolor y contrición perfecta de sus culpas que, aunque siempre así lo acostumbraba, causó especial admiración a su Padre Espiritual, porque ahora tuvo de nuevo mucho que admirar. Preparóse después con muchos y frecuentes actos de virtudes, y especialmente de las tres teologales, Fe, Esperanza y Caridad, para recibir con extraordinario júbilo de su alma el Venerable Sacramento de la Eucaristía, como de hecho le recibió por Viático.

Así lentamente se fue acabando para la tierra aquella mujer de tan intensa vida interior. Más abajo añade Moraleda:

Todo el tiempo que estuvo la Sierva de Dios en la cama, aseguró a su confesor que estuvo tan abstraída y empleada toda en Dios, que

la parecía estar en un magnífico y suntuoso Templo lleno de gloria, como el que contempló Isaías, y oyendo unas suave armonía y sonora música, con que alternaban los ángeles el nuevo cántico de Santo, Santo, el poderoso Dios de los Ejércitos. Aseguró esto mismo la experiencia: porque todos aquellos que asistieron a su cabecera la vieron y oyeron algunas veces que, con mucha suavidad y dulzura, decía también: Santo, Santo, etc., como haciendo coro con los mismos ángeles en tal dulce melodía...

De estas delicias y suavidades participaba mucho le Hermana Isabel en el potro de su cama; y si algunas personas de las que la asistían con cariño se llegaban a decirle alguna cosa, las suplicaba con humildad que la dejaran y no interrumpiesen su atención. Solo callaba y se alegraba mucho cuando su Confesor la decía algunas palabras de espíritu o jaculatorias que tocasen a las grandezas y alabanzas divinas. De esta suerte iba pasando su enfermedad en una enagenación casi continua. Y aunque no hay duda experimental en su enfermedad muchos dolores, congojas y molestias, lo toleró todo con tanta paciencia, igualdad de ánimo y resignación conforme con la voluntad divina, que era a todos especial admiración y pasmo. No sólo no se advirtió en ella aún el más leve indicio de menor sufrimiento, sino que la vieron siempre con tal quietud, sosiego, modestia y compostura exterior, cual pudiera tener si nada padeciese. No permitió a su cuerpo aun aquel corto descanso que se juzga preciso en las enfermedades, de quitarse la toca, ni la túnica, ni hábito grosero, que tenía vestido: con él estuvo siempre...

Un día antes de morir suplicó a una amiga suya muy íntima, que en todo había sido su confidente, y la que más pronta estuvo en su asistencia, que la dispusiese y preparase la mortaja para su entierro. Era ésta un hábito de sayalete que más de cincuenta años antes tenía para esta función preparado, y para este fin le dió a los principios de limosna el señor don Juan de Fonseca, su especial devoto, y a quien ella amaba mucho, porque repetidas veces dijo avía sido gran Siervo de Dios, y que se la había aparecido glorioso. Preparada ya la mortaja y dispuesta todas las cosas para su funeral y entierro, las últimas palabras que habló la Sierva de Dios en esta vida mortal fueron una exhortación amorosa que hizo a todos sus sobrinos y parientes, a quienes echando su bendición en el nombre y autoridad divina, les dijo procurasen vivir siempre el santo temor de Dios conservando con todos mucha paz, y anhelando a la práctica de las

virtudes. Encargóles mucho que no se entristeciesen con su muerte, antes con mucha resignación en la voluntad divina se conformasen con ella, pues era voluntad de su Querido sacarla ya de este valle de lágrimas y miserias: y sobre todo les suplicó encarecidamente a todos la tuviesen siempre presente en sus oraciones, y que el breve tiempo que la restaba de vida hiciesen especiales súplicas a Dios para que la concediese buena muerte.

Estas fueron sus últimas palabras, y volviéndose a el retiro de su interior, al día siguiente a las tres y media de la tarde, vispera de mi Seráfico Doctor San Buenaventura, de quien era cordialísima devota, entregó su espíritu a el Criador de todo con tanta paz y serenidad, cual correspondía a la tranquilidad que siempre tuvo en vida, y a la columbina pureza de su conciencia.

Omíto otra página de altos vuelos líricos del buen padre Moraleda, para espigar otras frases descriptivas del biógrafo. Así dice:

No quedó su rostro con indicios de ser fatal despojo de la muerte; antes se manifestó a la vista con admirables signos de haber conseguido de la misma muerte felicísima victoria, porque, aunque antes estaba desfigurado a causa de su continuas penitencias y prolijas enfermedades, se le puso tan agradable y hermoso que causaba especial gusto el mirar con atención su rostro. El cuerpo quedó también con el color mismo que había tenido en lo más florido de su vida, y era como de canela algo claro, entre dorado y rojo, y como tostado a causa de aquellos activos incendios del amor divino, que padeció en la purgación de su espíritu: y este mismo color y aspecto le conservó todo el tiempo que estuvo sin entregarle a los horrores del sepulcro.

No podía faltar el suavísimo olor que dicen despedía su cuerpo, opuesto a los malos olores de la corrupción postmortem, según atestiguó su confesor.

Luego que corrió la voz de que ya la hermana Isabel de Jesús había entregado su alma en quieta tranquilidad al Criador de todo, fue numerosísimo el concurso de gente de todos estados y calidades, así del lugar como también de los lugares circunvecinos, que, llevados de la devoción que la tenían, acudieron a su casa con ansias de ver el cuerpo de la que tan constante habían tenido en opinión de santa y virtuosa. Hubieran sucedido algunos desórdenes a no haber gobernado el Confesor prudente con tanto acierto la materia. No permitió que en la más mínima cosa se contraviniese a las leyes y decretos

apostólicos en que se prohíbe el culto público de las personas que mueren con opinión de santas, antes de la sentencia de la Santa Sede. Pero para que la devoción de muchos quedase consolada y se le diese a la hermana Isabel aquella honra que, sin tocar en culto, cabe en las exequias de una persona insigne, dispuso y ordenó que cuanto antes se pusiese con todo aseo y honstidad el cuerpo en la caja de madera que a este fin dió el señor Cura de aquel lugar de limosna, y que dicha caja la sacasen al patio de la casa, asignando cuatro religiosos que guardasen con toda solicitud el cuerpo de día y noche, impidiendo los piadosos desórdenes que en semejantes lances suele estilar la devoción de muchos, ya quitándola el hábito, ya ejecutando otras acciones que con título de piedad tocan los límites de indecencia. No bastó ésta ni otras muchas providencias que para este fin se discurrieron; porque como fue tan numeroso el concurso, no eran suficientes los religiosos ni otras personas de autoridad, que estaban presentes, a satisfacer el clamor y curiosidad de tantos. Unos decían a voces: Verdaderamente que parece un san Pedro de Alcántara; otros la aclamaban por santa a boca llena; y los más o todos sollicitaban con impertinencias e instancias que les diesen alguna cosa de sus hábitos y remiendos. A todos se negaban estas y semejantes peticiones, y al ver que no podían lograr la consecución de sus deseos por cortesía, como a porfía santa y con piadoso arrojio se llevaron las flores que tenía en el féretro y todas las que había en el patio de la casa, sin dejar yerba alguna como romeros, alelies y claveles, de que la sierva de Dios había adornado la casa cual si fuera un jardín de delicias que no se llevasen.

Los que más contenidos anduvieron en esta ruidosa aclamación se contentaban con que les tocasen sus rosarios al dichoso cadáver. Y de esta suerte desde las tres y media de la tarde hasta otro día a las nueve poco más o menos de la mañana, que se le hizo el entierro, no cesó gente de todos estados y de toda la comarca, que no fuese a ver la difunta. Pero lo que más causaba admiración y asombro fue el ver tanta multitud de niños, que aun estando a los pechos de sus madres se ancaraban con cierta natural simpatía a la difunta, y con ciertos pueriles ademanes manifestaban especial júbilo y gozo, sin oírse en tan numeroso concurso llantos ni sollozos, ni suceder desgracia alguna.

Llegada ya la asignada hora para dar honorífica sepultura al cadáver, se dispuso el entierro con la mayor solemnidad que nunca

se había visto en aquella tierra. Acompañaron el cuerpo 28 ó 30 sacerdotes, entre seculares y religiosos de nuestra Seráfica Familia, que con misterioso acaso congregó allí la divina Providencia. Los que más entre los Seculares se esmeraron fueron los señores Sacerdotes de Ajofrin, asistiendo con sobrepellices todos el tiempo que duraron los funerales. Fue llevada a hombros de cuatro religiosos, y, oficiando la misa el M. Rdo. P. Fr. Diego del Val, Difinidor actual de esta Santa Provincia de Castilla y confesor de la hermana Isabel, la dieron tierra con sus propias manos, con mucha edificación del pueblo. Tal fue el concurso de gente, que ni cabían en la Iglesia, ni aun en las calles del lugar y cuando iba el entierro y acompañamiento a la Iglesia, se subían muchos a las paredes de las casas, por ver el cuerpo de la difunta. Esmeráronse mucho los de Mazarambroz en las exequias de su paisana: pues siendo así que había dejado dispuesto en su testamento que no hubiese aparato alguno en su entierro, que no la llevasen en caja, ni la enterrasen en otra sepultura que en la de sus padres, el señor Cura y los principales del lugar dispusieron se le hiciese ataúd en forma, y que su sepultura fuese en el lugar más preeminente de la Iglesia, junto a las gradas del altar mayor y al lado del Evangelio. Así se ejecutó todo: y signaron su sepulcro con una lápida hermosa, en que pusieron esta inscripción o epitafio: Aquí yace la Venerable Madre Isabel de Jesús, Beata de la tercera Orden de N. P. S. Francisco.

Fue la hermana Isabel de Jesús de mediada estatura, el rostro algo redondo, los ojos azules, la boca y labios algo pequeños, el color de su rostro y manos algo acanelado, y su cuerpo como retostado y encendido en virtud de los grandes fuegos que continuamente padeció en su interior... Después de difunta no mudó el color del rostro y cuerpo: solo los pies se le pusieron tan tersos y blancos cual si fueran de alabastro.

Solo me resta ya agradeceros sinceramente vuestra paciencia.

J. GÓMEZ-MENOR
Numerario